

PRIMERAS POBLACIONES HISTÓRICAS

17. **Primeras noticias históricas de España.**—Proviene de escritores extranjeros, no habiendo dejado los primitivos españoles historias escritas que ilustren y completen los restos materiales que de ellos nos quedan. Ya hemos visto cómo, desde tiempos muy antiguos, se advierten (§ 14 y 15) relaciones de pueblos extraños con los que habitaban entonces la península; pero, faltando indicaciones concretas y fechas, nada se puede determinar con exactitud. Es posible que hacia el siglo xvii antes de Jesucristo, como opina algún autor (§ 18), existiesen ya relaciones militares, de guerra, entre los españoles y los egipcios. Hasta el siglo xi, sin embargo, en que tradiciones muy verosímiles hablan de la fundación de Cádiz por los fenicios (§ 23), no cabe señalar cronología segura, siéndolo de cada vez más á partir de esa fecha. No obstante, hay que llegar al siglo vi para encontrar los primeros textos que hablan de España y los españoles. Son estos textos de autores griegos y cartagineses, pero tan escasos y concisos, que apenas arrojan luz sobre este asunto. De los siglos v y iv hay también noticias escritas, procedentes de historiadores y viajeros griegos, igualmente poco explícitos. Más completos, pero más recientes, son otros autores del siglo ii y del i antes de Jesucristo, y del i y siguientes después de Jesucristo, que en parte fundan sus noticias en escritos más antiguos no llegados á nosotros. Este

es el período más rico en testimonios referentes á la Península, perteneciendo á él un historiador judío, Josefo (siglo i de Jesucristo), cuya opinión, mal interpretada, ha sido seguida por mucho tiempo. Finalmente, del siglo iv de nuestra Era es un poema latino de cierto gobernador romano de Africa, llamado Rufo Festo Avieno, que describe las costas de España sobre la base de un viaje ó derrotero fenicio que se cree del siglo vi (antes de Jesucristo), aunque luego fué traducido y modificado por escritores griegos de los siglos v y ii (antes de Jesucristo). Este poema, y la obra de un geógrafo griego del siglo i, llamado Estrabón, son los textos más amplios que se refieren á nuestra Península. También la Biblia, en diferentes libros del Antiguo Testamento, menciona una localidad llamada *Tarsichich* ó *Tarsis*, que muchos autores creen sea española (S. de Andalucía, región del Guadalquivir, ó la de Murcia).

En todos estos textos se leen nombres muy variados de pueblos y lugares españoles, aunque mezclados con leyendas y fábulas difíciles de creer ó de interpretar. De todos ellos, el que ha prevalecido, por suponer que representa el resumen ó conjunto de todas las demás noticias, es el pasaje de un historiador latino llamado Varrón (siglo i antes de Jesucristo), según el cual España fué poblada ó conquistada sucesivamente por los *iberos*, los *persas*, los *fenicios*, los *celtas* y los *cartagineses*. Los demás nombres particulares que mencionan otros autores, no serían—según esta opinión—más que subdivisiones locales, comprendidas bajo las denominaciones generales de *iberos*, *celtas* y quizá *persas*, si es que en este último nombre no hay error de Varrón; resultando, al cabo, que los *iberos* fueron los más antiguos pobladores, siguiéndoles los *celtas*, que luego, en parte, se mezclaron con ellos, formando un pueblo mixto, llamado *celtibero*; siendo los *fenicios* y *cartagineses* colonizadores extranjeros que no pueden contarse como pobladores fundamentales de la Península, aunque sí dominadores en fecha muy anterior á la venida segura de los *celtas* (§ 19). La noticia de Varrón, aunque aceptada por lo general, suscita, sin embargo, muchas dudas. Por de pronto, excluye á los *griegos*, colonizadores más antiguos que los cartagineses; presenta graves dificultades en punto á la interpretación del pueblo *persa* que cita, y deja sin re-

resolver cuestiones importantes relacionadas con el nombre de *iberos* y con el de *celtiberos*. Aceptando el primero—como generalmente se acepta—á título de representación colectiva de la más antigua población española de que tuvieron noticia los autores del tiempo de Varrón y los que les sirvieron de fuentes, ocurre en seguida preguntar quiénes eran estos iberos, de dónde procedían, qué relación guardan con las razas paleolíticas, neolíticas y de los metales que ya conocemos; en qué fecha ó hacia qué tiempos próximamente llegaron á España y, por último, cuáles restos de los que han llegado hasta nosotros se les deben atribuir.

18. Conclusiones probables.—A ninguna de estas preguntas puede hoy darse contestación definitiva. La opinión seguida por muchos historiadores españoles antiguos, según la cual los iberos ó hispanos eran las gentes de Tubal, hijo de Jafet, ó sus descendientes, y que, por tanto, provienen inmediatamente del pueblo hebreo, está fundada en un texto del historiador Josefo, ya citado, texto de interpretación muy insegura, no habiéndosele dado un valor plenamente afirmativo hasta tiempos muy recientes y por un autor español del siglo xv (Alonso Tostado), que no la apoya en nuevas razones. Los más cercanos comentaristas de Josefo, como San Jerónimo, nada afirman en concreto.

Desechada esta opinión, los autores modernos divergen mucho en punto al sitio de origen de los iberos, dirección que llevaron para entrar en España y familia lingüística ó grupo político á que pertenecieron; no faltando quienes los creen autóctonos, es decir, nacidos en la Península, y no inmigrados en ella. Del mismo nombre de *iberos* (que por primera vez suena en un viajero griego del siglo vi antes de Jesucristo, llamado Scilax) se duda si debe tomarse como expresivo de una raza ó pueblo extenso, ó sólo de algunas tribus que vivían en las riberas del río Ebro (*Iberus*), cuyo nombre utilizó Scilax para designarlas.

En el estado actual de los estudios, la mayoría de los autores parece inclinada á dar por más segura la procedencia asiática más ó menos directa de los iberos, que llegaron á la Península en tiempos inciertos dentro de los prehistóricos, pero con

posterioridad á otras razas de esas mismas Edades, dándolos por afines ó de la misma familia que los primitivos habitantes de la Caldea y la Asiria, los llamados súmero-acadios, cuyos representantes actuales son finlandeses y mogoles (uralo-altaicos). Estos iberos entraron en España por el S., es decir, viniendo por el litoral N. de Africa, donde dejaron grupos de población, después, quizá, de haber intervenido en los orígenes del pueblo egipcio. Restos de ellos serían los vascos actuales y los bereberes de Africa, aunque hay autores que dudan de la asimilación antropológica y lingüística de iberos, vascos y bereberes, haciendo distintos á los primeros de los segundos, ó bien reconociendo su comunidad de origen, pero separándolos de los bereberes. Lo más seguro, por lo que toca al idioma, parece ser la descendencia de los vascos respecto de los iberos antiguos.

Las investigaciones más recientes y atrevidas suponen que los iberos, extendidos por el N. de Africa, todo España (como lo demuestran los nombres antiguos de localidades), el S. de Francia, la parte septentrional de Italia, las islas de Córcega y Sicilia y tal vez otros países, fundaron hacia el siglo xv, antes de Jesucristo, un imperio ibero-libico (libios se llaman los habitantes del N. de Africa) que luchó por la preponderancia en el Mediterráneo con los egipcios y los fenicios, tal vez en connivencia con afines suyos del Asia Menor (los jetas ó hititas), hasta que fué vencido y fraccionado hacia el siglo xii ú xi, formándose entonces en España las primeras colonizaciones fenicias. Los iberos quedaron dominando en el interior del país, aunque divididos en pequeños Estados. En tiempo de Avieno, todavía llegaban por el N. al río Lez, próximo á Montpellier, donde confinaban con otro pueblo, el de los Ligures, antropológicamente afín de ellos (dolicocefalo, según parecen confirmarlo los más recientes estudios) y que llegó á penetrar en parte de España, mezclándose tal vez con los antiguos habitantes en las provincias vascas y otras del N. y NO.

Como se ve, estas teorías ligan estrechamente la primitiva historia de España con la de los pueblos asiáticos y africanos y con la del N. de la Italia antigua. Nótanse, sin duda, como hemos visto (párrafos 12 y 16), en tiempos inciertos y quizá

muy antiguos, influencias de pueblos orientales, asiáticos y africanos, en la población peninsular, y relaciones, al parecer muy marcadas, de ésta con gentes primitivas de Grecia (¿pelasgos?) y de Italia (tursos, etruscos, tirrenos). Pero lo que no cabe determinar hoy por hoy, y quizá nunca llegue á fijarse, es si tales influencias y relaciones proceden realmente de una comunidad de origen, de invasiones sucesivas más ó menos numerosas, ó de simples colonizaciones y contactos de carácter comercial ó

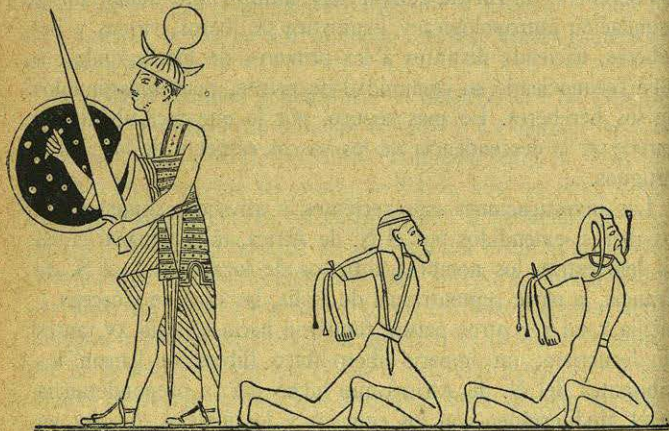


Fig. 15.—Soldado y prisioneros shardanas y libios, según pinturas egipcias. (Representan, probablemente, guerreros del imperio ibero-libio, en lucha con Egipto.)

guerrero, en tiempos anteriores á las primeras noticias de los autores del siglo vi y siguientes que hemos citado. Posible es que los *persas* que cita Varrón representen, con un ligero error de historia política (*persas* por *medos*), alguno de esos elementos orientales, ya que los *medos* (antecesores de los persas en el dominio de gran parte del Asia Occidental) eran de la misma familia súmero-acadia ó presemita á que se pretende reducir los iberos. Un historiador francés, D'Arbois, cree que aquella palabra se refiere á la dominación asiria y persa sobre Fenicia y sus colonias, que se dejó sentir algún tiempo en España.

19. Los Celtas.—Mayores y más exactas noticias se tienen del otro pueblo que, en la época de los viajeros é historiadores

griegos y latinos, formaba parte principal de la población de la Península.

Eran los celtas de procedencia asiática, pero de familia indogermánica ó aria, distinta de la atribuída á los iberos. Habla de ellos por primera vez el viajero griego Pyteas (siglo iv, antes de Jesucristo), indicando su situación en el territorio occidental de lo que hoy es Francia. Se extendieron ampliamente por el C. y S. de Europa, constituyendo ya en el siglo iii (antes de Jesucristo) un vasto imperio que llegaba por el N. casi á los límites de la Alemania actual, por el E. al Danubio y la Tracia, por el O. al mar Atlántico (habiendo entrado también en las islas Británicas) y alcanzaba por el S. toda la parte septentrional de Italia. No se sabe con certeza cuándo penetraron en España, y posible es que verificasen más de una invasión en distintas épocas. Los autores vacilan en fijar como fecha de su única ó principal entrada los comienzos del siglo v ó el final del vi (antes de Jesucristo) y también el iv; aparte la hipótesis de una invasión muy anterior de un pueblo de tronco céltico más ó menos seguro (§ 15 y 16). Como es lógico presumir, entraron por los Pirineos, encontrando, á lo que parece, en unas partes, gran resistencia de los iberos, y en otras no, bien por mayor dulzura ó debilidad de las tribus, bien por no estar ocupada de antemano la región. Resultado de estos movimientos y luchas, fué un cambio grande en la composición y colocación de los habitantes de España. Los autores antiguos (§ 17), posteriores en su inmensa mayoría á la invasión céltica, distinguen á veces, en las noticias que dan sobre España, las tribus que á su entender eran iberas, de las que eran celtas; y sobre la base de estas indicaciones (no siempre seguras ni claras) y del estudio de los nombres de poblaciones, ríos, etc., los historiadores modernos han llegado á determinar, con mayor ó menor precisión, los sitios que ocuparon respectivamente los dos pueblos en el territorio de la Península. Aceptando estas presunciones, resultaría que, una vez terminado el período de luchas, ó establecidos ya los celtas en paz donde no encontraron oposición, quedó España dividida de este modo: una parte (compuesta por las regiones próximas al Pirineo, la zona E. del Mediterráneo y algo de la del S.) habitada exclusivamente por iberos: quizá, por lo

que toca á las costas y regiones S. y E., después de haber expulsado de ellas á los celtas que primeramente las ocuparon; otra parte, formada por el NO. (Galicia) y Portugal, en que dominaron los celtas; y una tercera, en que convivieron, se mezclaron ó se confundieron íntimamente ambos elementos, y que comprendía el centro y algo de las costas del N. y de Andalucía, aunque predominando el ibero. A los pueblos resultantes de estas mezclas les llamaron los autores antiguos, *celtíberos*, señalando como residencia principal de ellos una región (Celtiberia) de límites no muy seguros, que iba desde Alcázar de San Juan hasta el Ebro, y desde Ocaña á Segorbe; pero conviene advertir que esta aserción no es muy segura, dudándose hoy que el nombre aquél designe realmente un pueblo mixto de iberos y celtas. Para D'Arbois, resueltamente, los celtíberos no son más que celtas: ya los más orientales (desde el Ebro hasta el alto Tajo, Guadiana y Júcar y al SE. de Madrid y hasta Segorbe), ya todos los celtas del centro de España, que bajan hasta Andalucía y suben hasta Palencia. Comprende en la dominación á los Oretanos, Arevacos, Vacceos y pueblos del otro lado (N. del Ebro).

De las noticias que traen los autores antiguos, resulta también que los principales pueblos ó naciones que después de la invasión celta había en España, eran: los *Galaicos* ó *gallegos*, que ocupaban el territorio indicado por su nombre; los *Astures*, habitantes en Asturias; los *Cántabros*, divididos en nueve grupos, en la Cantabria, ó sea el litoral comprendido entre la ría de Villaviciosa y Castro-Urdiales; los *Autrigones*, *Várdulos* y *Vascones*, en los países correspondientes á las actuales provincias Vascongadas, Navarra y parte de Aragón, hacia Huesca; desde aquí, por toda Cataluña hacia el mar, los *Ilergacones*, *Bargusios*, *Laietanos*, *Suesetanos*, *Cerretanos* é *Indigetes*; en Valencia y parte de Castellón y Zaragoza, los *Edetanos*; en Alicante y Murcia, los *Contestanos*; los *Turdetanos*, el S. de Extremadura y el O. de Andalucía; los *Túrdulos*, el C. y E. de la misma; los *Lusitanos*, «la más poderosa de las naciones ibéricas», según dice un autor griego, en casi todo Portugal y algo de Extremadura; los *Vacceos*, en parte de Castilla la Vieja; los *Celtíberos*, en parte de la Nueva y de Aragón; los *Vetones*, en la región entre el Duero

y el Guadiana, y en especial Extremadura, Salamanca y Avila; los *Carpetanos*, en Toledo y parte de Madrid y Guadalajara; y los *Oretanos*, en la región de Ciudad Real.

20. Cómo vivían los iberos y celtas.—Con la invasión de los celtas, la población de la Península quedó formada por dos elementos distintos, en el supuesto de que los *iberos* constituyeran efectivamente una raza, nación ó grupo unitario. Si poseyéramos hoy datos bastantes de los tiempos anteriores á esa invasión, podríamos quizá reconstruir el cuadro de la vida social de los iberos, á diferencia de las instituciones y costumbres que trajeron los celtas; y así sería de desear, puesto que desde la entrada de los iberos en España á la de los celtas, transcurrieron algunos siglos, quizá muchos, si, como hoy se cree, aquéllos forman una de las razas prehistóricas de la Península; en cuyo caso, no poco podría determinarse de su civilización anterior al contacto de los celtas (y anterior, también, lo mismo que posterior, á las primeras colonizaciones orientales (§ 24), que preceden á la invasión propiamente céltica), sobre la base de los restos arqueológicos de aquellos tiempos primitivos. Mas, como repetidamente hemos advertido, las *noticias* históricas anteriores á la fecha probable de la entrada de los celtas son escasas, particularmente en lo que se refiere á la civilización y manera de vivir los pueblos españoles que no cabe deducir de los puros restos monumentales; y las posteriores que pueden servirnos para aquel objeto, no sólo se refieren á tiempos en que debieron haberse producido ya grandes influencias entre las tribus iberas y celtas, aun en los sitios en que no se mezclaron íntimamente, sino que son, también, posteriores á otras conquistas extranjeras que ya estudiaremos (§ 24, 26, 27 y 34), como la fenicia, la griega, la cartaginesa y la romana, y es muy posible que reflejen en mucha parte una modificación del estado primitivo mediante el influjo de tanto elemento nuevo. Aun en los casos en que los autores antiguos expresamente califican de indígenas y originales éstas ó las otras costumbres, no es fácil discernir cuáles sean propiamente iberas y cuáles celtas, ya que, como hemos visto, existen no pocas vaguedades en la determinación del origen de muchas tribus. Por otra parte, en los grados primitivos de la civilización, se pare-

cen bastante unos pueblos á otros, y se advierten en ellos instituciones y maneras de vivir análogas, sin que hayan sido transmitidas de unos á otros; y es posible que algo de esto ocurra con varias que, conocidas hoy claramente como propias de los celtas (por el estudio de este pueblo en otras comarcas que habitó fuera de España), aparecen en nuestra Península. Sólo, pues, en muy contados casos será posible indicar ciertamente el carácter indígena puro, ibero ó celta, de los datos que hoy poseemos en cuanto á la organización social de las poblaciones españolas, datos que, en su inmensa mayoría, proceden de autores del siglo II (antes de Jesucristo), y de siglos más modernos y, por tanto, aun en los pasajes en que se apoyan en escritores más antiguos, sospechosos de alteración ó de inseguridad en el tiempo á que se refieren; aunque sí podrían determinarse otros caracteres de vida, puramente ibéricos (si la teoría de la condición prehistórica de esta raza se afirma), con ayuda, según hemos dicho, de los restos arqueológicos paleolíticos y neolíticos. Para ello, basta recordar lo consignado en los párrafos correspondientes. Pero ahora nos referimos á los tiempos históricos en que se hallan ya muy mezclados, repetimos, los datos ibéricos y los célticos.

De todos modos, para formarnos idea clara de la organización de aquellos pueblos, posterior al siglo V, debemos comenzar por no figurarnos que vivían unidos, constituyendo una nación que abrazaba toda la Península y sujetos á un poder único. Por el contrario, cada pueblo ó tribu de los que mencionan los autores antiguos (§ 19), era independiente de los otros, y por la dificultad de las comunicaciones y el aislamiento á que tendían los grupos humanos en aquellos tiempos, apenas se comunicaban entre sí, á no ser los más próximos y por motivos de comercio ó guerra; para lo cual solían formar *federaciones*, que comprendían muchas tribus. Así, los Lusitanos eran una federación compuesta de unos treinta pueblos ó tribus; los Gallegos, otra de cuarenta, etc.

Este mismo aislamiento y división producía, naturalmente, diferencias en la civilización, según las regiones; y así hay que tenerlo constantemente en cuenta para no confundir las cosas. Por ello, aunque la inmensa mayoría de los españoles vivía en

pequeñas *aldeas*, ó diseminados por el campo, había localidades en que este tipo de población era más acentuado que en otras, donde existían en mayor número *ciudades*, ó sea aglomeraciones urbanas. Ejemplo de lo primero eran los *Celtici* que habitaban la mitad inferior de Portugal, y los Galaicos y Astures; y de lo segundo, los Turdetanos.

21. Organización social y política.—El grupo que formaba la base común de organización social entre los españoles, como entre muchos pueblos antiguos, se llama *gentilidad* (*gentilitas* en los autores latinos) y estaba constituido por varias familias emparentadas entre sí, ó que reconocían un tronco común. Cada gentilidad constituíase como un todo independiente, que se regía á sí propio mediante una asamblea (y quizá, por un jefe ó patriarca superior), que podía tomar acuerdos obligatorios para todos los *gentiles*, pactar con otras gentilidades, juzgar y castigar á sus miembros, etc. Tenían su religión y sus dioses particulares, y probablemente habitaba cada gentilidad una aldea, con nombre especial. Podían formar parte de ellas personas extrañas, acogidas ó adoptadas, y respecto de las cuales se fingía el parentesco ó se establecía un lazo de dependencia llamado *clientela*.

Las *familias* que constituían la gentilidad, originábanse mediante el matrimonio, que, por lo común, era *monógamo*, ó de un solo hombre con una sola mujer, aunque en algunas tribus parece que había costumbre de casarse con varias mujeres. Las ceremonias religiosas y fiestas con que se celebraba, diferían según las localidades, siendo también frecuente la obligación de casarse entre sí los individuos de una misma gentilidad, ó, por el contrario, la de ir á buscar mujer fuera de aquella á que pertenecía el hombre. El jefe de familia era, por lo general, el padre, aunque en algunas regiones, como la de los Cantabros, se cree lo era la madre, ó, por lo menos, que la mujer tenía una intervención grande en el gobierno familiar, ó una consideración especial en la casa. En estos pueblos, y en los Lusitanos, el marido dotaba á la mujer.

La reunión de varias gentilidades formaba un grupo más amplio llamado *tribu* (*gens*, *populus* en los autores latinos), de carácter preferentemente político, con su capital ó ciudad forti-

ficada que era el centro de todas las aldeas y caseríos desparrramados por el territorio, su jefe hereditario ó electivo y una ó dos asambleas deliberantes. En los pueblos donde existían dos, nótase su diferente carácter por el nombre que les dan los historiadores latinos: *Senatus* ó Senado á una, y *Concilium* á otra; la primera, aristocrática y formada probablemente por los cabezas de las gentilidades ó personas ricas y de consideración, y la segunda por elementos populares. La forma monárquica del gobierno existía ya en tiempos antiquísimos (siglo VIII ó VII, antes de Jesucristo) en algunas tribus, como las de Tarteso ó territorio gaditano. A veces, el mando supremo se dividía entre dos personas, quizá encargándose una de la parte civil y de la militar la otra. Finalmente, las tribus se unían entre sí, aunque temporalmente y por motivos de defensa común, en federaciones, que adoptaban un nombre propio y se regían mediante un rey ó jefe y una Asamblea federal.

22. Las clases sociales.—Dentro de todos estos grupos existían diferencias *sociales*. Unos hombres eran *libres* y otros *siervos* ó *esclavos*. Los libres se dividían en aristócratas y plebeyos, siendo los primeros, como más ricos y fuertes, protectores directores muchas veces de los segundos, que por esta protección, y por la dependencia económica en que respecto de aquéllos se hallaban, vivían realmente sujetos y obligados á ciertos servicios. Suponen algunos autores que la aristocracia residía principalmente en las ciudades, y la plebe en el campo, explicándose así la dependencia política, que parece efectivamente haber existido, de las aldeas respecto de las capitales. Una de las formas de relación entre ambas clases era la clientela, de que ya hemos hablado, á que se acogían los débiles y escasos de fortuna. Especie de ella parece ser el *agermanamiento* ó pacto mediante el cual varios guerreros prometían seguir incondicionalmente á un jefe, obligándose á defenderlo y á no sobrevivirle, haciéndose matar ó matándose ellos mismos si aquél perdía la vida en la guerra. Esta costumbre subsistió por mucho tiempo en España.

Los *siervos* eran hombres, ya nacionales, ya extranjeros, que dependían absolutamente de otros, como una cosa, hallándose privados de los derechos y de la consideración de *personas*. Los

había *públicos*, de propiedad del Estado ó de las ciudades, y *privados*, dedicándolos sus señores al cultivo del campo, al trabajo de las minas, al servicio doméstico, á la industria, á funciones administrativas inferiores, etc. Su condición debía ser tan triste como la de todos los siervos de la antigüedad, aunque quizá hubo una clase de ellos, dedicada exclusivamente á la agricultura, que gozó de libertad relativa.

Por lo dicho en punto á la diferencia de clases, se deduce que existía la propiedad privada en gran escala, es decir, que los individuos podían amontonar riquezas libremente, excluyendo de su disfrute á los demás y disponiendo de ellas sin trabas. Hay, sin embargo, ejemplos de otras formas de propiedad. Entre los *Vacceos* (que habitaban el territorio de Palencia), la tierra laborable pertenecía en común á la tribu, distribuyéndose anualmente en lotes por familias y gentilidades, sin que éstas pudieran tampoco apropiarse los frutos obtenidos, puesto que las cosechas se ponían en común una vez recogidas, para distribuirse, probablemente, en cantidades proporcionadas á las necesidades de cada casa. Aunque los autores antiguos no mencionan otro caso de comunidad en pueblos españoles, es muy verosímil, á juzgar por lo que en épocas posteriores y aun hoy mismo se advierte, que la forma comunal estuviese muy extendida, no sólo en las tierras labrantías, sino también, y quizá con mayor amplitud, en los prados, montes y bosques.

La sociedad ejercía igualmente su acción sobre los individuos castigando los delitos con penas á veces terribles, como la lapidación ó apedreamiento y el despeñamiento (entre los Lusitanos). La justicia era administrada por los jefes de familia en parte, y de un modo más general por los jefes de tribu y las Asambleas; pero á veces los pleitos y acusaciones se resolvían por un desafío á mano armada, dando la razón al que vencía: costumbre que parece característica de las tribus celtas.

23. Religión, cultura y costumbres.—Aunque ya hemos dicho que cada gentilidad, y también cada tribu, tenían sus dioses, y, por tanto, éstos habían de ser muchos en número, hubo algunos más importantes y generales que otros, residiendo esta cualidad probablemente en los de las federaciones ó en los de tribus extensas é influyentes sobre las inmediatas. Tales pa-

recen ser los llamados Neton y Baudvaeto, dioses de la guerra, Endovélico, Yun ó Junovis, dios superior, y la diosa Ataecina. Los había regionales, como las Matres de Clunia, el Dios Sol de Badalona; y especiales de una clase ú oficio, como los llamados *Lugoves*, patronos de los zapateros. A todos ellos dedicaban fiestas, con danzas y coros. Parece que adoraban también á la luna; y de los Lusitanos se sabe que hacían sacrificios á los dioses inmolando animales y hombres (prisioneros), cuyas entrañas examinaban para deducir augurios de los movimientos de ellas.

En punto á cultura, diferían mucho los distintos pueblos. Los había muy adelantados, como los Turdetanos y Túrdulos (es decir, los que habitaban la Andalucía), que habían dado gran desarrollo á la agricultura, á la industria y al comercio, y hacían gran ostentación de riqueza. Eran, además, reputados por muy sabios ó cultos: tenían literatura propia, historias ó anales, poemas y leyes en verso, que decían contar 6,000 años de antigüedad. Todo esto se ha perdido, así como las obras literarias de otros pueblos iberos. Como es natural, eran los citados de costumbres dulces y muy comunicativos.

En cambio, había otros, como los Gallegos, Astures y Cántabros, semisalvajes, de costumbres rudas y feroces, pobres y sobrios, pero duros y fuertes. Los Lusitanos vivían en perpetua guerra, atacando y saqueando las poblaciones. Los Celtíberos eran de costumbres análogas, pero recibían bien á los extranjeros, agasajándolos mucho. Por lo general, en el interior de la Península el atraso era mayor y no se conocía la moneda. En cambio, la gente de las costas, lo mismo del S. que del E. (en gran parte, por la mucha comunicación con extranjeros), poseía regular cultura y buen carácter.

De la lengua de los iberos y celtíberos se sabe poco. No han dejado obras literarias, pero sí *inscripciones*, ó sean letreros grabados en monedas, piedras y metales, sin que haya todavía logrado dominarse la traducción de lo escrito. La forma de las letras iberas difiere bastante (fig. 16) de la que tiene nuestro alfabeto actual y de otros más antiguos, y se asemeja á la del fenicio y griego primitivo, pero más al primero, del que parece derivar, no sin haber sufrido luego modificaciones.

Las artes plásticas ibéricas fueron un producto del genio peninsular fecundado por todas las influencias extranjeras ya referidas y, singularmente, por la fenicia y la griega. Por esto se las ve impregnadas de greco-orientalismo. El foco principal de su producción parece hallarse en el SE., con ramificaciones en otras regiones. En el orden arquitectural, están representadas (hasta hoy) por una parte de las murallas llamadas *ciclópeas* de Tarragona (la primera reconstrucción de ellas, diferente de la romana); los restos de construcciones recientemente hallados en



Fig. 16. — Piedra con inscripción de letras ibéricas, hallada en Peñalba de Castro. (Según Hübner).

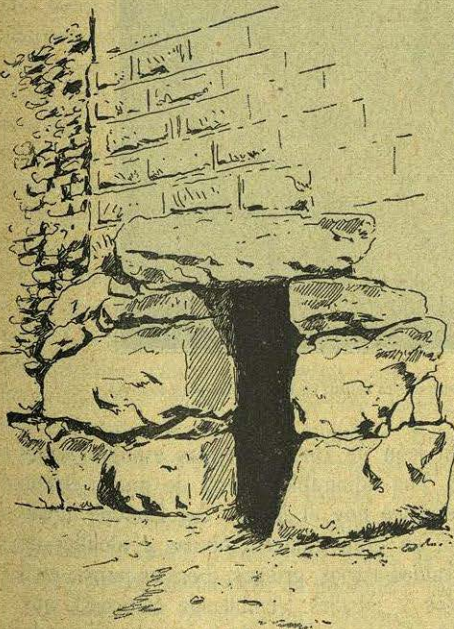


Fig. 17. — Murallas y puerta ciclópea de Tarragona.

Numancia; el recinto de Berruecos (Teruel); trozos de capiteles, molduras y otros objetos encontrados en el Cerro de los Santos, en el Llano de la Consolación y en Elche. Los arqueólogos actuales han prescindido ya de atribuir á los iberos históricos los *taloyotes* y *navetas* de las Baleares, construcciones ciclópeas que más bien deben tenerse por prehistóricas, ya de influencia miceniana, anterior á la fenicia, ya

obra de pueblos extraños. Su similitud con las murallas neolíticas (§ 16), es patente en ciertas cosas.

Mucho más importante es la escultura, de completa imitación, aunque muy feliz en no pocos casos. Ejemplos salientes de ella son: varias de las esculturas en piedra halladas en el Cerro de los Santos; el esfinge ó toro con cara humana, de



Fig. 18.—Escultura ibérica hallada en Elche. (Museo del Louvre).

Balazote; el toro y el león de Bocairente; las esfinges aladas de Sax y, sobre todo, una admirable cabeza de mujer encontrada en Elche y que posee hoy el Museo del Louvre. Igualmente han aparecido, en gran número, fibulas é idolillos de tipos muy variados (caldeo-asirios, griegos, ibéricos puros, etc.) Las estatuas de toros y jabalíes (¿emblemas célticos?), que se encuentran con abundancia en Castilla (toros de Guisando y esculturas análogas) y las de guerreros lusitanos y gallegos

—á veces, con inscripciones ibéricas,—aunque pertenecen al mismo arte, son probablemente de época posterior; algunos, de tiempos de la dominación romana (§ 85). También llevan impresa influencia griega los sables de hierro, de tipo muy antiguo, hallados en algunas comarcas de España, como Almedinilla (Córdoba). La orfebrería ibérica cuenta ya con varias piezas importantes: una diadema de oro hallada en Jávea y seis fragmentos de otra ú otras procedentes de Asturias ó de Extremadura, que se hallan en el Museo del Louvre. Finalmente, la cerámica ofrece hermosos ejemplares pintados y con dibujos lineales y de figuras de animales, también de influencia griega micianiana según opinan los arqueólogos. Son abundantes también las lápidas sepulcrales y las aras con adornos grabados.

Los castros y recintos fortificados que ya vimos en los tiempos prehistóricos, continuaron sirviendo de habitación y defensa á los iberos, y se perpetúan hasta épocas posteriores.

En punto á usos y costumbres, sabemos que en las tribus del N. y NO. los hombres vestían de negro, con capas de lana ó piel de cabra, y las mujeres de colores vivos. Las armas defensivas eran un escudo pequeño, cóncavo al exterior, cora-

zas de lino y de malla, casco de tres cimbras, de cuero; y las ofensivas, lanzas y puñales ó cuchillos. Estos mismos pueblos se alimentaban con pan de harina de bellotas, bebían una especie de cerveza ó sidra, usaban la manteca en vez del aceite, y para comer hacíanlo sentados en bancos de piedra arrimados al muro. Celebraban bailes de parejas (hombre y mujer) y juegos gimnásticos de pugilato y carrera.

Los Celtíberos vivían mejor, comiendo principalmente carnes, en mesas elegantes y limpias. Vestían sayos de lana de color negro, y todos los meses, en la época del plenilunio, se



Fig. 19.—Cipo ó sepulcro ibérico, de Barcelona. (Según Hübner).

reunían las familias á las puertas de las casas, para danzar en honor de un dios sin nombre (tal vez la luna) á quien adoraban, según dicen los autores latinos. En la guerra usaban escudos, unas veces grandes, otras pequeños, botines con correas que subían enlazadas por las piernas, cascos de bronce con sobrecimera encarnada, espadas de dos filos y puñales de un palmo de largos. Generalmente, en cada caballo montaban dos hombres, apeándose uno al empezar el combate.

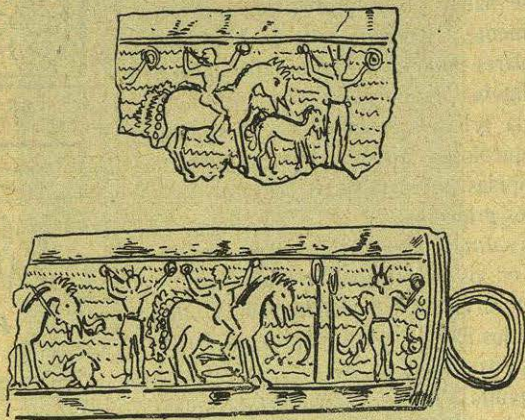


Fig. 20. — Dos fragmentos de la diadema ó plancha de oro guardada en el Museo del Louvre, y que representa guerreros españoles, á caballo y á pie, con el tocado característico de los Lusitanos. (Según Cartailhac).

Los Lusitanos se untaban el cuerpo con aceite y esencias, se bañaban en agua fría, dormían en el duro suelo y se dejaban crecer el cabello como las mujeres, usando una especie de mitra sobre la frente cuando entraban en batalla. Para beber usaban vasos de cera, y para calentarse una especie de braseros de piedra. Llevaban escudos, cascos, lanzas y espadas cortas con punta como los celtiberos, y manejaban el arco para arrojar saetas.

Entre los Bastetanos, las mujeres bailaban con los hombres cogiéndose de las manos, y usaban generalmente trajes de color

oscuro y sayos, con los que se envolvían para dormir sobre camas de esparto ó junquillo.

Como notas comunes del carácter de los españoles, señalan los autores antiguos la resistencia física, el valor heroico, el amor á la libertad, la indisciplina y la fidelidad llevada hasta la muerte.

